

Manuel Zambrano Zambrano (1922-2007)

ALFONSO MENDOZA¹

Había nacido en Bogotá, Colombia, el 4 de abril de 1922. Joven aún, los avatares de la política estudiantil, que hacían difícil proseguir la carrera de Medicina en su país, lo trajeron al nuestro. ¿Por qué el Perú? Por el prestigio de la Vieja Casa de San Marcos y por el brillo, que se irradiaba por toda la América Ibérica, de la psiquiatría peruana de entonces. La meta del inquieto estudiante era culminar sus estudios en San Fernando, viajar al exterior para perfeccionarse y regresar a su tierra natal; pero, su vida tendría otro sino. Entre los 500 integrantes de su promoción conoció a la mujer que sería la compañera de su vida, y su destino quedó sellado definitivamente.

Manuel Zambrano perteneció a la Promoción Oswaldo Herculles, que egresó el año 1955, y tuvo entre sus condiscípulos a figuras de nuestra psiquiatría como Javier Mariátegui, recientemente fallecido, y Efraín Gómez Peralta, hoy residiendo en Estados Unidos, con quienes mantuvo estrechos lazos de amistad, alimentados por el afecto y la admiración recíprocos.

Había llegado al Perú el año 1948. Su formación en psiquiatría la inicia siendo todavía estudiante, hacia el año 1951, como nos lo recuerda en uno de sus trabajos más sentidos. Por esa época el Hospital Víctor Larco Herrera estaba organizado en el marco de los lineamientos trazados por Hermilio Valdizán y, sobre todo, por Baltazar Caravedo Prado, quien había sido gestor de la gran reforma de la asistencia psiquiátrica pocas décadas antes. En el Larco Herrera, el joven Zambrano se nutrió del ejemplo y de las enseñanzas de Tobías Bravo Soto, Humberto Rotondo y Arnaldo Cano, quienes, como médicos

residentes del hospital se ocupaban de la admisión y observación de los pacientes, bajo la atenta supervisión de Caravedo Prado. A todos ellos, Manuel Zambrano, ya en edad madura, les dedicó sendos elogios que hacían justicia no solo a sus virtudes personales sino también al rol protagónico que tuvieron en su formación profesional.

Por el Larco Herrera y los personajes que dejaron en él una impronta imperecedera, guardó siempre un afecto especial. “El Hospital Víctor Larco Herrera –escribió– fue la primera y, durante mucho tiempo, la única institución creada de acuerdo a las ideas rectoras imperantes en su tiempo... mantuvo un elevado nivel asistencial y, por su vinculación con la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, acogía no solo a los estudiantes de pregrado sino también a quienes optaban por la especialidad... los años cincuenta fueron los más productivos y prestigiados del hospital”.⁽¹⁾

Manuel Zambrano fue un psiquiatra con una sólida formación clínica. Perteneció a una escuela caracterizada por la hondura y fineza en la exploración psicopatológica y la delimitación sindrómica, con miras a obtener un diagnóstico preciso. Siendo su orientación predominantemente biológica, su mirada no se detenía en lo semiológico y lo neurobiológico sino que iba más allá, en un intento de aprehender el mundo interno del paciente y reconocerlo como una persona con una biografía singular e inserto en una determinada sociedad y en un determinado momento histórico.

Pero, la necesidad de alcanzar una más cabal comprensión del hombre lo condujo a interesarse por la literatura, el teatro, el cine, el jazz y otras expresiones de la creatividad humana. Para él la psiquiatría y la literatura tienen en común que ambas contribuyen al conocimiento del hombre total, aproximándonos a la intimidad del

1. Profesor principal, Departamento Académico de Psiquiatría, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú.

ser, de un modo tal que en una y otra hallamos ejemplos de cómo es posible la reconciliación de los aparentemente antagónicos puntos de vista de las humanidades y de las ciencias de la naturaleza. Por ello, en 'Realidad Clínica y Ficción Literaria'⁽²⁾ se ocupa de un cuento de Maupassant, 'El Horla', en el que se describen las extrañas y elaboradas alteraciones psicopatológicas que dan nacimiento, en la mente del único personaje del cuento, a un ser invisible y temible que se posesiona de él y al que no puede destruir sino a costa de su propia destrucción. Manuel Zambrano establece una similitud entre estas perturbaciones y aquellas descritas por E. Conrad, psiquiatra de la Escuela de Heidelberg, en su obra 'La Esquizofrenia Incipiente', que da cuenta del curso del brote esquizofrénico, a través de las cuatro fases denominadas el trema, la apofanía, el apocalipsis y la consolidación del delirio.

Manuel Zambrano también abordó la obra de Cervantes e hizo suya la opinión de C. Gutiérrez Noriega: "Cervantes... realizó observaciones psicológicas y psicopatológicas tan originales e importantes que puede considerarse como uno de los precursores de la psiquiatría... él fue el primero en describir diversas formas de delirio sistematizado y de melancolía, y algunas alteraciones de la percepción". Zambrano trata del caso de Crisóstomo y Marcela, lo que le sirve para establecer un paralelismo entre los personajes cervantinos y un caso atendido por él, al que propone denominar el 'síndrome de Crisóstomo y Marcela'. Más, vayamos a la historia. Crisóstomo se enamora perdidamente de una bella pastora, Marcela, y al no ser correspondido se suicida. Para sus amigos, Crisóstomo era "el primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fue ser desdichado... quiso bien, fue aborrecido, adoró a una fiera, importunó a un mármol y halló la muerte a la mitad de la carrera de su vida".

Pero, Marcela se defiende: "el verdadero amor ha de ser voluntario y no forzoso... y si los deseos se sustentan en esperanzas, no habiendo yo dado alguna a Crisóstomo, bien se puede decir que antes lo mató su porfía que mi crueldad". En el fondo, postula Manuel Zambrano, la dinámica de este caso puede resumirse en la idea, errónea, que "si uno ama intensamente debe necesariamente ser correspondido".

José Martínez Ruiz, más conocido como Azorín, Cervantes, García Márquez y Octavio Paz figuran entre los hombres de letras que admiraba. Pero, así como J. F. Valega devoraba todo lo que venía de Anatole France, Manuel Zambrano leía todo lo que venía de Azorín. De

él se ocupa en 'La melancolía en la obra de Azorín'.⁽³⁾ Recordemos que Azorín, periodista, narrador, ensayista y político de inspiración republicana, perteneció a la Generación del 98, que sometió a una severa crítica a la España de su tiempo. De la pluma de Manuel Zambrano puede decirse lo que él decía de Azorín: "fue un autor de elegante prosa y gran castidad; su sintaxis fue simple y de formas cortas, no exenta de belleza y emotividad".

A Manuel Zambrano le atraía el tratamiento que daba Azorín al tema de la tristeza, a la que denominaba melancolía. Para Azorín, esta "no es una valencia negativa sino más bien una condición que permite penetrar en la profundidad del mundo interior para encontrar en este la fluidez evocativa, la exquisitez perceptiva y una -a veces- exaltada sensibilidad". Estas ideas establecen un estrecho nexo entre Azorín -y podríamos decir entre Zambrano- y Karl Jaspers, para quien hay en la vida de todo ser humano situaciones límite, en las que el sufrimiento, que le hace tocar el fondo de la existencia, lo conduce también a descubrir áreas ignoradas de sí mismo, a la par que vislumbrar nuevas y tal vez más ricas posibilidades de afrontar la vida; pero también estas ideas lo entroncan con Kierkegaard, para quien "la melancolía enseña más que filosofía alguna".

La obra escrita de Manuel Zambrano es vasta y diversa. Sus artículos van desde la psiquiatría experimental hasta la reflexión filosófica, pasando por la psicología médica, la psicología social, la psicopatología, la semiología y clínica psiquiátricas, la psicofarmacología, la docencia médica, la formación psiquiátrica, la legislación en salud mental, la evocación histórica y las relaciones entre la literatura y la psiquiatría. Solo a modo de ilustración mencionaremos algunos títulos tomados de su currículum vitae: 'Fenomenología de la intoxicación en la psicosis maniaco depresiva por la LSD 25', que fue su tesis de bachiller, año 1956; 'Psicosíndromes experimentales con los derivados del ácido lisérgico', en colaboración con J. Mariátegui, 1957; con el mismo autor, 'Acerca del uso de drogas alucinógenas en el Antiguo Perú', 1958; 'El uso del Librium en Psiquiatría', 1961, Montevideo; 'Psicopatología de la intoxicación experimental con la Salvia Giga', 1966; 'Aspectos de la legislación psiquiátrica peruana', 1966; 'Primeras experiencias con grupos formativos con alumnos de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Trujillo', 1965; 'Clínica de las obsesiones', 1970; 'La desensibilización sistemática en el tratamiento de la angustia social', 1978; 'Manual de Psicofarmacología', 1972; 'Grandes síndromes psiquiátricos y sus variedades', 1974; 'Respuestas psicopatológicas

generales', 1974; 'Las esquizofrenias', 1982; 'El Sueño y sus Alteraciones', 1982; 'Modelos para el estudio de la psicopatología', 1984; 'La afectividad y sus alteraciones', 1987. Fue también coeditor del Manual de Psiquiatría 'Humberto Rotondo', y autor del capítulo tres, 'Semiotología Psiquiátrica', y de la adaptación y resumen de los capítulos uno y dos escritos por el Profesor Humberto Rotondo, sobre la Historia Clínica Psiquiátrica y el Examen Mental, y en la tercera edición, 2008, autor del capítulo 15, Trastorno Obsesivo Compulsivo, juntamente con R. Bustamante. Entre sus últimos artículos citaremos: 'Valor clínico de la Anhedonia', 2005; y 'Alexitimia, Personalidad y Cultura', 2006.

En el campo asistencial, Manuel Zambrano fue, primero, médico residente y, luego, médico asistente del Hospital Víctor Larco Herrera, entre 1956 y 1962; médico jefe de la Clínica de Día de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Trujillo, entre 1964 y 1969; médico jefe del Servicio de Psiquiatría del Hospital Regional Centro de Salud Docente de Trujillo, de 1965 a 1969; médico jefe de Servicio del Hospital Hermilio Valdizán, 1970; y director médico de la Clínica Psiquiátrica de Día de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, de 1972 a 1989.

En el ámbito institucional, Manuel Zambrano fue socio activo de la Asociación Psiquiátrica Peruana desde 1960, y socio honorario desde 1990, llegando a ocupar la vicepresidencia de la misma entre 1988 y 1990, y luego la presidencia entre 1991 y 1992; miembro correspondiente de la Sociedad Colombiana de Psiquiatría desde 1968; miembro del Colegio Peruano de Neuropsicofarmacología y de la Sociedad Peruana de Psicopatología y Psicoterapia Médica, entre otras.

Pero, fue el campo de la docencia al que Manuel Zambrano se aplicó con mayor esmero. Profesor principal de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, devino un eficiente colaborador del Profesor Rotondo, desde 1970, tanto en el pre- como en el posgrado. Fue profesor encargado de las cátedras de Psicología Médica, Psicopatología y Psiquiatría Clínica del departamento de Neuropsiquiatría de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Trujillo. Enseñó también diversas asignaturas relacionadas con la psiquiatría en las secciones de Psicología y Servicio Social de la Pontificia Universidad Católica del Perú, y en la Facultad de Psicología de la Universidad Ricardo Palma (entre 1972 y 1990). En San Marcos, además, desempeñó diversos cargos administrativos, mereciendo resaltarse su participación

como miembro de la Comisión Central de Reestructuración Administrativa, en 1987; y la jefatura, en calidad de encargado, de la Dirección Universitaria de Bienestar Universitario, el año 1998.

Ahora, os pido que nos situemos en el último trimestre de 2007. Hacia poco que habíamos concluido la tarea de revisar y poner a disposición de la imprenta la tercera edición del Compendio de Psiquiatría 'Humberto Rotondo', y debíamos cumplir con el almuerzo que nos reuniría a los editores, no solo para congratularnos por la tarea cumplida, sino también para saldar una deuda contraída con Manuel Zambrano quien, una vez más, nos había ganado una apuesta haciendo gala de su dominio de la lengua castellana. El almuerzo tuvo que postergarse. Una escueta aunque cordial llamada telefónica de él mismo nos la solicitaba, invocando razones de salud. Pero, en ese momento no nos imaginábamos que la cita quedaría por siempre cancelada, aunque quizás podríamos decir que hoy ella se hace realidad, transfigurada en una reunión en la que, con emoción contenida, le rendimos un justo homenaje y, aunque brevemente, presentamos los frutos de su obra, una obra en la que puso todo su saber, y que se realiza en este sagrado e histórico recinto, de la vieja Universidad que tanto quiso, y rodeado de quienes nos sentimos siempre honrados y beneficiarios de su amistad y su talento.

Hoy también nos acompañan algunos miembros de su familia. Manuel Zambrano tuvo en doña Bertha Cuenca Faura una compañera admirable, fuente de un apoyo incesante y prodigadora de un amoroso cuidado sin el cual nuestro querido amigo no hubiese podido entregarnos todo lo que nos dio. Y están también su hijo Daniel y su nieto Gabriel, herederos de la inteligencia, la integridad, la responsabilidad, el sentido del deber y la veta artística de la pareja de Zambrano-Cuenca. Don Manuel, como lo llamaban muchos, era un hombre de vida sencilla y austera. Impresionaba como una persona seca, con una capacidad admirable para administrar sabiamente sus palabras (¿o debería decir sus silencios?), pero tras la apariencia de castellano serio y riguroso, se advertía un señorío, una capacidad empática y un profundo respeto por el ser del otro.

Adoraba a su familia y, fiel a sus convicciones ideológicas y a su natural estoicismo, sabedor de la cercanía de su muerte, no cesó de realizar –como si nada pasara– sus tareas habituales, ordenando y revisando sus papeles y atendiendo diligentemente a sus pacientes. Así, calladamente, con entereza y serenidad socráticas, Don Manuel

fue preparando su partida, y por ello mismo pidió explícitamente a su familia que su sepelio se diese en estricto privado. Si algo le preocupaba era que la enfermedad cardiovascular que lo aquejaba lo invalidara, y que ello significara una penosa carga para su familia. Al pensar en esos momentos me viene a la memoria una entrevista de Alfredo Barnechea⁽⁴⁾ al escritor colombiano Álvaro Mutis. Mutis admiraba una cierta actitud ante la muerte y hablaba de unos coraceros boloñeses que, en la batalla de Somosierra, fueron masacrados por la artillería española. Pero, ellos no daban un paso atrás. “Subían a la colina y eran segados por la muerte con una sonrisa en el rostro”. Doña Bertha nos cuenta que, luego del último ataque de angina de pecho, el 30 de noviembre de 2007, Don Manuel fue conducido al Hospital Rebagliati y, tratado prontamente, pareció recuperarse, aunque bien sabía que su final estaba cercano. Y se despidió de su familia con frases tranquilizadoras y, como esos húsares boloñeses, con una franca y amorosa sonrisa. No lo volverían a ver más con vida.

Finalmente, quiero referirme a unas líneas que, a mi petición, escribiera Gabriel Zambrano en memoria de su abuelo. No sabía Gabriel que al abrir la caja en la que guardaba los artículos y notas de su abuelo, abría también el cofre de tristes aunque bellos recuerdos. Gabriel se felicita de haberlo conocido, evoca sus largas conversaciones en las que se cuestionaba hasta lo incuestionable, y cómo, ante sus preguntas ávidas de conocimiento, su abuelo tenía siempre una respuesta sabia, certera, necesaria, memorable y admirable, que incitaba a nuevas preguntas, y todo ello en un clima de cálido, amoroso

y mutuo respeto. Ahora me percató que puse a Gabriel en un difícil compromiso. Es que todos sabemos que no todo lo que podemos sentir lo podemos pensar, y no todo lo que podemos pensar lo podemos decir claramente. Por ello recurro, como Don Manuel, a los genios de la literatura buscando así, por analogía, sentir y comprender lo que pudo sentir Gabriel y todos los que lo conocimos, respetamos y quisimos a Don Manuel en momentos como este. Pienso en Albert Camus, en su obra inconclusa *‘Le premier homme’*⁽⁵⁾. Camus no tenía todavía un año cuando su padre murió en la batalla del Marne, en octubre de 1914. Cuarenta años después él va a visitar su tumba, tras los pasos del padre, algo que durante años le pidiera su madre. Camus pensaba que esa visita no tenía ningún sentido, pues ignoraba casi todo de él y, además, tenía horror de los gestos y las cosas convencionales. Pero, ante la tumba de ese padre, para él un desconocido, una oleada de ternura y de verdad ascendió hacia él y lo abrió a una dimensión nueva que lo impulsaba “a saber más e ir más allá de ese saber para poder ser, tal vez por un segundo, por una sola vez pero para siempre”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Zambrano M. Una visión del Hospital Víctor Larco Herrera en los años 50. Archivos Peruanos de Psiquiatría y Salud Mental 1999;3:71-76.
2. Zambrano M. Realidad clínica y ficción literaria. Revista Psiquiátrica Peruana 1995;2:9-17.
3. Zambrano M. La melancolía en la obra de Azorín. Acta Herediana 2002;32:58-64.
4. Barnechea A. Peregrinos de la lengua. Confesiones de los grandes autores latinoamericanos. Editorial Alfaguara, 1997.
5. Camus A. *Le premier homme*. Editorial Galimard, París, 1994.